

Harry Bosch llegó tarde y tuvo que aparcar en una de las calles del cementerio, lejos del lugar donde se celebraba el funeral. Con cuidado de no pisar ninguna sepultura, avanzó cojeando por dos secciones de lápidas, hundiendo el bastón en el suelo blando, hasta que vio a los congregados por John Jack Thompson. Ya no quedaba ni una silla libre en torno a la tumba del viejo detective y Bosch sabía que la rodilla no aguantaría que se quedara mucho rato de pie a los seis meses de la operación. Se retiró hasta la sección contigua, el Jardín de las Leyendas, y se sentó en un banco de cemento que en realidad formaba parte del sepulcro de Tyrone Power. Supuso que no era un problema, porque estaba claro que se trataba de un banco. Recordó que, siendo niño, su madre lo llevaba a ver a Power al cine: películas viejas que reponían en la sala Beverly. Recordaba al atractivo actor como el Zorro y en el papel del acusado en *Testigo de cargo*. Power murió trabajando, víctima de un ataque cardíaco mientras rodaba una escena de un duelo en España. Bosch siempre había pensado que no era una forma mala de morir, haciendo lo que te gustaba.

El funeral de Thompson duró media hora. Bosch estaba demasiado lejos para oír lo que se decía, pero podía imaginárselo. John Jack —como siempre lo habían llamado— era un buen hombre que dedicó cuarenta años de servicio al Departamento de Policía de Los Ángeles de uniforme y como detective. Sacó de circulación a muchos

criminales y enseñó a varias generaciones de detectives a hacer lo mismo.

Uno de ellos era Bosch. Nada más acceder al puesto de detective de homicidios en la División de Hollywood, hacía ya más de tres décadas, Harry formó pareja con la leyenda. Entre otras cosas, John Jack le enseñó a interpretar detalles que delataban a un mentiroso en una sala de interrogatorios. Siempre sabía cuándo alguien estaba mintiendo. Una vez le dijo a Bosch que hacía falta un mentiroso para conocer a otro, pero nunca le explicó de dónde había sacado aquella perla de sabiduría.

Solo fueron compañeros dos años, porque Bosch aprendió enseguida y John Jack era necesario para moldear al siguiente detective de homicidios nuevo. Sin embargo, mentor y estudiante habían permanecido en contacto a lo largo de los años. Bosch le dedicó unas palabras en su fiesta de jubilación. Habló de un día en que estaban trabajando juntos en un caso y John Jack paró a un camión de reparto de panadería al verlo girar a la derecha con el semáforo en rojo. Bosch preguntó por qué habían interrumpido la búsqueda de un sospechoso de asesinato por una infracción de tráfico menor y John Jack le explicó que tenían invitados a cenar esa noche y que su esposa, Margaret, le había encargado llevar el postre. Se bajó del coche, se acercó al camión y le mostró la placa al conductor. Le dijo que acababa de cometer una infracción de tráfico que valía dos pasetes, pero, como era un hombre justo, lo dejó en uno de cerezas y volvió al coche patrulla con el postre para esa noche.

Esa clase de anécdotas y la leyenda de John Jack Thompson se habían ido apagando en los veinte años transcurridos desde la jubilación, pero el grupo reunido en torno a la tumba era numeroso y Bosch reconoció a muchos de los hombres y mujeres con los que había trabajado durante la etapa en la que él mismo llevaba una placa del Departamento de Policía de Los Ángeles. Sospechaba que la recepción en casa de John Jack después del funeral iba a estar igual de concurrida y podría prolongarse hasta entrada la noche.

Bosch había perdido la cuenta de los funerales de detectives retirados a los que había acudido. Su generación estaba perdiendo la guerra de desgaste. Pero ese funeral era de los grandes. No faltaba la guardia de honor oficial ni los gaiteros del departamento. Era un reconocimiento al prestigio de John Jack. La triste melodía de *Amazing Grace* resonó en el cementerio y por encima del muro que lo separaba de Paramount Studios.

Después de que bajaran el féretro y la gente empezara a regresar a sus coches, Bosch cruzó por el césped hasta el lugar donde permanecía sentada Margaret, con una bandera plegada en el regazo. La mujer le sonrió cuando se acercó.

—Harry, recibiste mi mensaje —dijo—. Me alegro de que hayas venido.

—No podía perdmelo —repuso Bosch, que se inclinó, la besó en la mejilla y le apretó la mano—. Era un buen hombre, Margaret. Aprendí mucho de él.

—Sí —dijo ella—. Y tú eras uno de sus favoritos. Estaba muy orgulloso de todos los casos que resolviste.

Bosch se volvió y miró la tumba. El féretro de John Jack parecía hecho de acero inoxidable.

—Lo eligió él —explicó Margaret—. Dijo que parecía una bala. Bosch sonrió.

—Siento no haber ido a verlo antes del final.

—No importa, Harry —dijo Margaret—. Tenías lo de la rodilla. ¿Cómo va?

—Cada día mejor. No voy a necesitar este bastón mucho más.

—Cuando operaron a John Jack de las rodillas, dijo que era como volver a nacer. Fue hace casi quince años.

Bosch asintió, pensando que eso de volver a nacer era pasarse de optimista.

—¿Vas a venir a casa? —preguntó Margaret—. Tengo algo para ti. De su parte.

Bosch la miró.

—¿De su parte?

—Ya lo verás. Es algo que yo no le daría a nadie más.

Bosch vio familiares reunidos junto a un par de limusinas en la zona de aparcamiento. Parecía que había dos generaciones de niños.

—¿Puedo acompañarte a la limusina? —preguntó Bosch.

—Me encantaría, Harry —dijo Margaret.

Bosch había comprado un pastel de cerezas esa mañana en Gelson's y eso era lo que le había hecho llegar tarde al funeral. Entró en el chalet de Orange Grove, donde John Jack y Margaret Thompson habían vivido durante más de cincuenta años, y lo dejó en la mesa del comedor, con los otros platos y bandejas de comida.

La casa estaba abarrotada. Bosch saludó y les estrechó la mano a unas cuantas personas mientras se abría paso a través de los corrillos de gente, buscando a Margaret. La encontró en la cocina, con las manoplas puestas y sacando una bandeja del horno. Manteniéndose ocupada.

—Harry —dijo ella—, ¿has traído el pastel?

—Sí. Lo he puesto en la mesa.

Margaret abrió un cajón y le dio a Bosch una espátula y un cuchillo.

—¿Qué ibas a darme? —preguntó Bosch.

—Paciencia —dijo Margaret—. Primero corta el pastel y luego ve al despacho de John Jack. Al fondo del pasillo, a la izquierda. Está en su escritorio, a la vista.

Bosch entró en el comedor y cortó el pastel en ocho porciones con el cuchillo. Luego pasó otra vez entre la gente que se agolpaba en el salón y enfiló el pasillo que conducía al despacho doméstico de John Jack. Ya había estado allí. Años atrás, cuando trabajaban casos juntos, Bosch a menudo terminaba en esa casa después de un turno

largo y cenaban a deshoras lo que preparaba Margaret y planteaban una sesión de estrategia. En ocasiones, se quedaba a dormir en el sofá del despacho antes de volver al trabajo. Incluso guardaba ropa de recambio en un armario. Margaret siempre dejaba una toalla limpia para él en el cuarto de baño de invitados.

La puerta estaba cerrada y, sin saber por qué, Bosch llamó, aunque sabía que no había nadie.

Abrió y accedió a un despachito con estantes en dos paredes y un escritorio apoyado contra una tercera pared, bajo una ventana. El sofá seguía allí, frente a ella. En un cartapacio verde, sobre el escritorio, había una carpeta gruesa de plástico azul con una pila de documentos de ocho o diez centímetros de grosor.

Era el expediente de una investigación de asesinato.

Ballard

Ballard estudió lo que alcanzaba a ver de los restos sin pestañear. El olor a queroseno y carne quemada era penetrante aun a tan poca distancia, pero se mantuvo firme. Estaba a cargo de la escena hasta que llegaran los expertos. La tienda de nailon, que se había fundido y derrumbado sobre la víctima, envolvía el cadáver como una mortaja, solo las partes que el fuego no había quemado por completo. El cuerpo parecía encontrarse en posición de reposo y Ballard se preguntó si era posible que el hombre no se hubiera despertado. Las pruebas de toxicidad determinarían los niveles de alcohol y drogas. Tal vez no había llegado a sentir nada.

Ballard sabía que no iba a ser su caso, pero sacó el teléfono y tomó fotos del cadáver y de la escena, incluidos primeros planos de la estufa de acampada volcada, el presunto origen del fuego. Abrió la aplicación termómetro en el móvil y anotó que la temperatura de Hollywood era en ese momento de once grados. Lo haría constar en el informe que entregaría a la unidad de investigación de incendios del Departamento de Bomberos de Los Ángeles.

La detective dio un paso atrás y miró a su alrededor. Eran las 3:15 y Cole Avenue estaba desierta, con la excepción de unos pocos sintechos que habían salido de las tiendas y cobijos de cartones que se sucedían en la acera a lo largo del Hollywood Recreation Center. Todos miraban con los ojos muy abiertos y desconcertados mientras continuaba la investigación sobre la muerte de uno de los suyos.

—¿Quién ha dado el aviso? —preguntó Ballard.

Stan Dvorek, el sargento de patrulla que la había llamado, se acercó. Llevaba más tiempo que nadie trabajando en la sesión nocturna de la División de Hollywood, más de diez años. Algunos miembros del turno lo llamaban la Reliquia, pero no a la cara.

—Nos han llamado los bomberos —dijo—. Los avisaron de emergencias. Alguien que pasaba en coche vio las llamas y creyó que era un incendio.

—¿Hay algún nombre en el aviso? —preguntó Ballard.

—No dio el nombre. Llamó y siguió conduciendo.

—Muy bonito.

Dos camiones de bomberos continuaban en la escena, después de un trayecto de solo tres manzanas desde la Estación 27 para apagar la tienda en llamas. Las dos dotaciones permanecían allí para responder preguntas.

—Me ocuparé de los bomberos —dijo Ballard—. ¿Por qué no habláis con esa gente, a ver si alguien vio algo?

—¿No es cosa de Incendios? —preguntó Dvorek—. Van a tener que repetir el interrogatorio si encontramos a alguien con quien valga la pena hablar.

—Somos los primeros en la escena, Devo. Tenemos que hacer esto bien.

Ballard se alejó y zanjó así la discusión. Dvorek era el supervisor de patrulla, pero ella estaba a cargo de la escena del crimen y, hasta que no se determinara que el incendio fatal había sido un accidente, lo trataría como tal.

Se acercó a los bomberos que estaban a la espera y preguntó cuál de las dos dotaciones había llegado antes. Luego interrogó a los seis bomberos asignados al primer camión qué habían visto. La información que recibió fue escasa. El incendio casi se había extinguido por sí solo cuando llegó el equipo de bomberos. No vieron a nadie en torno al fuego ni en la zona más cercana del parque. Ni testigos ni sospechosos. Habían utilizado una manguera del camión para ex-

tinguir las llamas restantes y a la víctima la dieron por muerta y no la transportaron al hospital.

Desde allí, Ballard caminó de un lado a otro de la calle buscando cámaras. El campamento de los sintecho rodeaba las pistas de baloncesto al aire libre del parque municipal, donde no había ninguna cámara de seguridad. En el lado oeste de Cole había una fila de almacenes de una sola planta ocupados por tiendas de atrezo y de alquiler de material para la industria del cine y la televisión. Ballard vio algunas cámaras, pero sospechaba que o bien eran falsas o estaban situadas en ángulos que no servirían para la investigación.

Cuando regresó a la escena, vio a Dvorek hablando con dos de sus agentes de patrulla. Ella los reconoció de la reunión del turno de mañana de la División de Hollywood.

—¿Alguna cosa? —preguntó Ballard.

—Lo de siempre —dijo Dvorek—. «No vi nada», «No oí nada», «No sé nada»... Una pérdida de tiempo.

Ballard asintió.

—Había que hacerlo —dijo.

—Bueno, ¿dónde coño están los de Incendios? —preguntó Dvorek—. Tengo que volver a poner a mi gente en la calle.

—Según mis últimas noticias, en camino. No trabajan las veinticuatro horas, así que han tenido que despertar a gente que estaba en casa.

—Joder, nos va a tocar esperar aquí toda la noche. ¿Todavía no has llamado al forense?

—Está en camino. Probablemente puedas despachar a la mitad de tus hombres, tú incluido. Pero deja un coche.

—Hecho.

Dvorek salió a impartir las nuevas órdenes a sus agentes. Ballard se acercó aún más a la escena del crimen y miró la tienda que se había fundido como un sudario sobre el cuerpo de la víctima. Estaba examinándola cuando un movimiento periférico captó su atención. Levantó la mirada y vio a una mujer y a una niña saliendo de un re-

fugio hecho con una lona de plástico azul atado a la verja que rodeaba la pista de baloncesto. Ballard fue con rapidez hacia ellas y las redirigió lejos del cadáver.

—No vayan por ahí —dijo—. Vengan por este lado.

Las acompañó por la acera hasta el final del campamento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mujer.

Ballard estudió a la niña mientras respondía.

—Alguien se ha quemado —dijo—. ¿Han visto algo? Ocurrió hace una hora.

—Estábamos durmiendo —dijo la mujer—. Ella tiene que ir a la escuela por la mañana.

La niña todavía no había dicho nada.

—¿Por qué no están en un albergue? —preguntó Ballard—. Es peligroso estar aquí. Ese incendio podría haberse extendido.

Miró de la madre a la hija.

—¿Cuántos años tienes?

La niña tenía grandes ojos marrones, pelo castaño y algo de sobrepeso. La mujer se colocó delante de ella y respondió.

—Por favor, no me la quite.

Ballard vio la mirada de súplica en los ojos castaños de la mujer.

—No estoy aquí para eso. Solo quiero asegurarme de que está a salvo. ¿Es usted su madre?

—Sí. Es mi hija.

—¿Cómo se llama?

—Amanda. Mandy.

—¿Qué edad tiene?

—Catorce.

Ballard se agachó para hablar con la niña, que estaba mirando al suelo.

—Mandy, ¿estás bien? —Ella asintió—. ¿Te gustaría que os llevara a tu madre y a ti a un albergue para mujeres y niños? Sería mejor que aquí.

Mandy miró a su madre cuando respondió.

—No. Quiero quedarme aquí con mi madre.

—No voy a separaros. Os llevaré a las dos juntas si queréis.

La chica miró a su madre otra vez en busca de orientación.

—Si nos mete ahí, me la quitarán —dijo la madre—. Sé que lo harán.

—No, me quedaré aquí —dijo la niña con rapidez.

—De acuerdo —contestó Ballard—. No voy a hacer nada, pero creo que no deberían estar aquí. No es seguro para ninguna de las dos.

—Los albergues tampoco —replicó la madre—. La gente te lo roba todo.

Ballard sacó una tarjeta y se la entregó.

—Llámeme si le hace falta algo —dijo—. Trabajo en el turno de noche. Estaré cerca si me necesita.

La madre tomó la tarjeta y asintió. Ballard centró sus pensamientos en el caso. Se volvió y señaló la escena del crimen.

—¿Lo conocía? —preguntó.

—Un poco —dijo la madre—. No se metía con nadie.

—¿Sabe cómo se llamaba?

—Eh, creo que Ed. Eddie, decía él.

—Vale. ¿Llevaba mucho tiempo aquí?

—Un par de meses. Dijo que había vivido en el Santísimo Sacramento, pero se estaba llenando demasiado para su gusto.

Ballard sabía que la iglesia del Santísimo Sacramento, en Sunset Boulevard, permitía a las personas sin hogar acampar en el atrio. Ella pasaba por delante a menudo y sabía que por la noche se llenaba de tiendas y cobijos improvisados, que desaparecían por completo antes de que comenzaran los servicios religiosos.

Hollywood era un lugar diferente en las horas de oscuridad, después de que se atenuara el brillo de los neones. Ballard percibía el cambio cada noche. Hollywood se convertía en un campo de depredadores y presas sin nada que los separase, un lugar donde los pudientes estaban seguros y cómodos detrás de su puerta bien cerrada

y los pobres vagaban en libertad. Ballard siempre recordaba las palabras de un agente de patrulla, el poeta de la sesión nocturna. Los había llamado «plantas rodadoras humanas que iban adonde el viento las arrastraba».

—¿Eddie tenía algún problema con alguien de aquí? —preguntó.

—No que yo sepa —dijo la madre.

—¿Lo vio anoche?

—No, creo que no. No estaba aquí cuando nos fuimos a dormir.

Ballard miró a Amanda para ver si ella respondía, pero la interrumpió una voz desde atrás.

—¿Detective?

Ballard se volvió. Era uno de los agentes de Dvorek. Se llamaba Rollins. Era nuevo en la división, de lo contrario no habría sido tan formal.

—¿Qué?

—La gente de Incendios está aquí. Van...

—Vale. Ahora voy.

Se volvió hacia la mujer y su hija.

—Gracias —dijo—. Y recuerde que puede llamarme en cualquier momento.

Al dirigirse otra vez hacia el cadáver y los investigadores de Incendios, Ballard no pudo evitar recordar otra vez esa frase sobre las plantas rodadoras. La había escrito en una tarjeta de entrevista de campo un agente del que Ballard descubrió después que había visto demasiado de las deprimentes y oscuras horas de Hollywood y se había quitado la vida.